

Entrevista:

La maldición del glifosato

Fernando Iriarte Martínez*

Ángel Salazar es un hombre de complexión fuerte, con la estatura promedio de la mayoría de colombianos, de poco más de 45 años de edad, campesino de origen y vocación, habla como santandereano. Su historia es como la de miles de campesinos que sobreviven entre la lucha por su territorio y la maldición del glifosato.

- ¿No es usted del sur del departamento de Bolívar, no es costeño?
- Soy de Simití y vivo en el corregimiento de Monterrey, vereda El Triángulo, pero mis padres llegaron de Mogotes, Santander, y por eso hablo como ellos. Además, tuve profesores cachacos en la escuela. Algunos de mi región sí hablan como la gente de la costa, pero otros no.

Tiene 18 años de vivir en el corregimiento, un suelo al que se siente muy apegado. En los últimos años ha sembrado cacao, yuca, plátano y pastos para su escaso ganado, como también ha hecho pozos para criar *cachamas*, un pez grande y de abundante carne. Se le nota en los ojos la nostalgia cuando se refiere a su oficio de siempre en el lugar donde construyó una familia:

- Solo estudié hasta quinto de primaria —dice—, soy agricultor y soy hijo de agricultores.

La vereda El Triángulo queda en las estribaciones de la Serranía de San Lucas, donde termina la Cordillera Central.

- Pero no estamos en la teta de San Lucas —aclara.

Vale decir, en el núcleo más alto del centro montañoso.

- Allá arriba el agua se congela o se congelaba hace 28 años, cuando la visité.

Su finca está situada a 580 metros sobre el nivel del mar, en clima medio, lo que significa que es posible sembrarla de cacao, pues crece bien de los 200 metros hacia arriba. Es precisamente el cacao uno de los grandes motivos de su preocupación, aparte de su familia y de su futuro personal, por completo en la incertidumbre.

El problema que ahora enfrenta tiene que ver con que en el primer lustro del nuevo siglo había coca en la vereda, coca tradicional. No eran grandes extensiones, sino una o media hectárea aquí y otra más allá y así en numerosas fincas, sin constituir una continuidad. Matas entreveradas con los cultivos de siempre, los de pan coger, los animales y los ranchos campesinos.

Para algunos era el cultivo comercial del cual derivaban los ingresos por encima de la simple supervivencia. Sembraban hoja de coca, la cosechaban y la vendían al mejor postor. Eso los

ayudaba en su vida diaria para solventar gastos y lograr una mínima holgura, pero ninguno se hizo rico.

La riqueza verdadera, como se sabe, la alcanzan los que compran la hoja, la convierten en base y luego la transforman en clorhidrato de cocaína, sean quienes sean. A los de abajo, los campesinos directos y los “raspachines”, apenas les toca una mínima parte.

Después, los que más ganan y ejercen el poder que ello genera, son los que transportan la cocaína y la comercializan en los lugares de consumo: Europa, Estados Unidos y Asia. Pero de ese tema los campesinos y Ángel Pastor saben poco, si acaso lo que cuentan los medios masivos de comunicación. Lo demás son leyendas. Sufren, sí, las nefastas consecuencias de todo ello: la violencia, los muertos y la guerra endémica de nuestro país, con indiscutibles vínculos con el narcotráfico.

A Salazar le gusta hablar de Monterrey, el poblado donde sigue viviendo a pesar de las vicisitudes:

- Hay 800 personas y 350 casas. Tenemos una iglesia, que estamos agrandando. Existen dos parques, acueducto y alumbrado público, pero no hay alcantarillado.

Un hecho en particular lo enorgullece:

- Disfrutamos la mejor cancha de fútbol, que no hay ni en las cabeceras municipales de la zona; por ejemplo, en el propio Simití.

Podría agregar que esto es aún más significativo si se considera que Simití es un pueblo muy viejo, fundado en tiempos de la Colonia española, pero quizá no lo sepa.

También se refiere a la fauna y la flora de la región, con un dejo de tristeza en la voz, por todo lo que está ocurriendo:

- Eran unas montaña llenas de tingos, ñeques, zaínos, dantas, tigres, tigrillos, pumas, pavas, pajiles... también había mucho cedro, roble, campano, tolú, milperillo... plantas medicinales...

Y aparece una nota de amargura:

- Mi esposa tenía en la finca una bonita huerta de esas plantas que sirven para las enfermedades. Por eso le dieron un premio, pero ya no queda nada...

Convivían con la coca, siempre que estuviera a unos 300 metros de distancia de los cultivos tradicionales. También lo hacían con las FARC (frente 24) y con el ELN (frentes Mariscal Sucre y Héroes de Santa Rosa), con las dificultades que esta circunstancia —nunca decidida por los campesinos— acarrea.

Después llegaron los paramilitares del Bloque Central Bolívar y la situación se hizo candente y cruel. Pero esa es otra historia a la que Ángel no se refiere.

La situación fue más o menos la misma hasta cuando los paramilitares se desmovilizaron en el 2006, en un proceso que duró hasta el 2008, y en el 2007 hubo aspersiones de glifosato contra los

cultivos de uso ilícito. En el 2008 prácticamente dejó de haber matas de coca, quizá debido a la desmovilización y a la dificultad de seguir cultivando esta planta a la vista pública, bajo la mirada de los medios y las personas que monitoreaban lo que ocurría.

En ese mismo año, José Miguel Daza fundó APROCASUR, una cooperativa del municipio de Santa Rosa con influencia en otros municipios, dedicada a promover el cultivo de cacao y a gestionar préstamos con ese propósito en el Banco de Colombia y el Banco Agrario. La idea clara era sustituir la coca por un cultivo legal que genera buenos ingresos a su productor inmediato, es decir, al campesino.

Desafortunadamente, meses después los paramilitares asesinaron a Daza, no sin que antes muchos agricultores se decidieran por el nuevo cultivo; entre ellos, Ángel Pastor Salazar. Agricultores que se endeudaron con los referidos bancos.

Sembraron cacao con moderado entusiasmo, esperando que todo fuera bien, sin los problemas de antaño. Y junto al cacao empezaron a criar peces, sobre todo *cachamas*, otra posibilidad comercial de buen augurio.

De pronto, un mal día, sin aviso ninguno por parte de las fuerzas antinarcóticas —como asegura enfático Salazar— comenzaron en forma las aspersiones aéreas de glifosato, es decir, se reanudaron las que habían sido iniciadas en el 2007. Con una notable diferencia: en esta ocasión el número de plantas de coca era realmente escaso.

La nueva circunstancia afectó a todos: los que tenían coca (unos cuantos) y los que no (la mayoría).

- El avión pasa por encima y toma su dirección, pero los químicos cogen su propio camino y van a dar a donde no se necesitan —dice Ángel.

Estas aspersiones, desde ese momento, se fueron repitiendo cada año, sin falta. Del 2007 al 2013. En el año 2009, Ángel Pastor resultó gravemente afectado. El año anterior había recibido préstamos del Banco de Colombia y el Banco Agrario y con ellos sembró cacao. Las plantas crecieron bien y tomaron buena altura, la suficiente para darse cuenta de que no había tomado la decisión equivocada. Por desgracia, las fumigaciones oficiales le afectaron 3960 matas.

- Cuando le cae el glifosato encima, la mata se atrasa, deja de crecer, se quema, no se despercude y se va dañando hasta que no sirve para nada —dice Salazar.

Lo malo, lo peor de todo, es que lo mismo les ocurre a los pastos, a la yuca, al plátano, a los animales para el consumo de la casa (gallinas, pollos, cerdos) y para la venta o la leche (reses), a los rastrojos y a los nacederos de agua. Es como si les hubiera caído de arriba una plaga bíblica o su equivalente moderno. No deja de estremecer —al que lo sabe— que el glifosato fue uno de los químicos utilizados durante la guerra de Vietnam. Ni deja de parecerle por lo menos desinformada la declaración de un alto funcionario público que en el pasado afirmó cómo este químico era tan inocuo que estaba dispuesto a bañarse con él en la ducha de su casa.

Particularmente grave es su incidencia en los nacederos de agua y en el agua en general, porque sin agua sana no hay a la larga vida posible.

Ángel resembró en el mismo 2009, esperando que la situación no se repitiera, pues podía tratarse de una equivocación que las autoridades correspondientes evitarían en el futuro. Pero no fue así: hubo aspersiones en el 2010, 2011, 2012 y 2013, con los mismos malos resultados en cuanto a las siembras lícitas y a las propias personas, pues muchos campesinos e hijos y familiares resultaron también fumigados.

- Con los días, el glifosato produce fiebres, vómitos, ampollas y malestar. Un hijo mío, Tomás Daniel, fue afectado directamente. A mí no me pasó nada porque estaba lejos de donde voló el avión —dice Salazar Gil.

Para acabar de completar, en enero del 2013 —habiendo insistido, porque cree mucho en su tierra y en su trabajo—, de 10 hectáreas y media de cacao que tenía sembradas, apenas le quedaron tres servibles.

Le dio tristeza ver lo que había pasado:

- El terreno quedó como si se hubiera quemado, quedó arrasado. Yo sé que después pasan años para que se vuelva a ver más o menos como antes, pero nunca es igual.

Irónicamente, lo que ocurre con la siembra lícita no pasa con la coca:

- A la mata de coca la mochan y tres meses después vuelve y nace como si no le hubiera pasado nada. Además, ahora hay una semilla nueva, que le dicen Prigamaría, que es resistente.

Junto al cacao —cuyo mantenimiento anual, antes de que entre en producción, no es inferior a cincuenta mil pesos por planta— perdió también la cría de *cachamas*, aunque menos que un vecino suyo, que quedó arruinado pues tenía una laguna grande. En total aproximado, peritos que actuaron por petición de Ángel Pastor consideran que los daños sufridos por él ascienden a ciento ochenta millones de pesos. Sin embargo, en antinarcóticos le ofrecieron solamente ocho millones de indemnización.

Cuando las aspersiones tienen lugar y aparecen los daños en los cultivos lícitos, los campesinos acuden primero a quejarse a los personeros y alcaldes de la zona y estos hacen las gestiones correspondientes. Básicamente, viajan a Bogotá, pero después los trámites comienzan a volverse difíciles, enredados. Debido a ello, Salazar Gil decidió acudir a los oficios del Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, CAJAR, por sus siglas.

- Los abogados del Colectivo han ido al corregimiento, a la vereda y a mi finca. La primera vez, mi esposa se impresionó mucho por la visita y tal vez por eso y por su propia salud días después le dio una trombosis. Ya no vive conmigo —dice.

En realidad, vive solo, apegado a su tierra con una tenacidad que es admirable; terquedad, si se quiere. En la actualidad, solo dos hijos suyos están en Monterrey; los demás, y su esposa, viven en los alrededores de Aguachica, Cesar. Sus pérdidas no se limitan al cacao y las *cachamas*, sino a su misma familia. De paso, parte de sus familiares inmediatos han ido a engrosar la población urbana de poblaciones cercanas, incluida la ciudad de Ocaña, en Norte de Santander, que un par de décadas atrás no pasaban de ser pueblos grandes.

Mientras tanto, no acaba de encontrar la solución debida a sus problemas:

- En antinarcóticos, en Barrancabermeja —explica—, me preguntaron que si no eran ocho millones de indemnización, entonces cuántos eran, que si tampoco me servían cien. Les contesté que eran los que aparecían por los daños causados y que no me iba a transar por menos. Entonces me dijeron que eso era exagerado.

Los afectados por las fumigaciones aéreas contra cultivos ilícitos en la región son numerosos. En el 2014 no ha habido aspersiones en Simití, pero sí en San Pablo, Cantagallo y otros municipios. En San Pablo, las han sufrido entre cuarenta y cincuenta familias. Ello ha dado lugar a protestas y marchas, que a veces son referidas por los medios de comunicación pero a veces ni siquiera resultan mencionadas, porque se han vuelto constantes.

En la actualidad, Ángel Pastor Salazar Gil es presidente de la Asociación de Víctimas de Monterrey y habla a nombre de las veredas El Triángulo, Humareda Baja, Humareda Alta, Humareda Media, Brisas del Boque y Paraíso. Tiene, pues, una representación amplia.

- La vida allá se ha vuelto muy cara —señala—, tengo que pagar treinta mil pesos por viaje en moto-taxi del corregimiento a la vereda donde está la finca. Además, apareció el asunto de las minas. Antes, un obrero ganaba quince mil pesos diarios más la comida: de ahí pasó a veinticinco mil pesos diarios y la comida, y ahora un obrero gana en la mina cincuenta mil pesos con la comida.

Los agricultores no entienden muy bien por qué razón parece que los paramilitares hubieran sido sustituidos por las aspersiones. Antes, los del Bloque Central Bolívar daban lugar a desplazamientos de campesinos y familias enteras, que dejaban abandonadas las tierras. Ahora son las aspersiones, aún en los lugares donde todos saben que no existe coca.

Salazar y los que son como él, campesinos de cultivos legales, han comenzado a sospechar que se trata de una estrategia para que abandonen la tierra, a favor de las multinacionales de la minería.

- Esa es la causa —indica Ángel Pastor—. La Serranía de San Lucas tiene oro, mármol, uranio y quién sabe qué más.

Desafortunadamente, antes de que se establezcan las empresas mineras legales, las que han obtenido concesiones del Estado, aparece la minería ilegal, que empiezan a actuar en las tierras abandonadas, fincas enteras en esta situación, como también en tierras compradas a bajo precio. Salazar Gil manifiesta que son especiales para la minería las que han sido sometidas a las aspersiones de glifosato, pues quedan estériles hasta por diez años y no sirven para otra cosa. En la minería ilegal actúan las guerrilla, las bacrimés, nunca se sabe bien quiénes.

- Recientemente, por ejemplo, el ejército quemó tres retroexcavadoras de algunos de ellos —señala.

En el transcurso de todo esto, Salazar Gil y sus representados hacen legalmente lo que pueden. Dan cara a lo que también se enfrentan muchos colombianos: préstamos que no pueden pagar porque se ha paralizado su producción agrícola o nunca pudo arrancar; nuevos préstamos que no pueden obtener porque los trámites se hacen interminables y las exigencias imposibles de cumplir (escrituras que no tienen, según la Ley 2 de 1959, pues las tierras están encima de la cota 200); notificaciones personales nunca hechas puesto que las comunicaciones llegaron al corregimiento y

no a la vereda, de modo que aparecen como no respondidas a tiempo; cuentas de ahorro abiertas sin las consignaciones mínimas exigidas y un sinfín de circunstancias similares.

Los enredos burocráticos y administrativos se vuelven eternos y muy difíciles de comprender para casi todo el mundo. Cuando no son los contratos mismos, son los Anexos Técnicos, que dan al traste con la lógica jurídica elemental y hasta con la lógica en general. O bien, comienzan procesos judiciales que toman caminos inesperados o dan la impresión de no terminar nunca.

No obstante, a despecho de los que quisieran lo contrario, a menudo se prenden luces de comprensión no programadas. En el caso de Ángel Pastor Salazar, de campesino defensor de su derecho a explotar sanamente las tierras de su propiedad, pasó a defender su derecho a una indemnización por parte del Estado, que afectó de manera injusta sus cultivos legales, y últimamente a darse cuenta de que existe un derecho más amplio, planetario, a un medio ambiente sano.

Amplió la defensa de su lugar de origen a la defensa de la Tierra como el planeta que habitamos todos. Es posible que ello esté ocurriendo en todas partes, pues el ansia de minerales en el mundo afecta a la totalidad de continentes. Cuando a alguien no le preocupaba sino su situación particular, algunas noticias de la televisión le resultan forzosamente lejanas y sin interés; pero en tanto lo que ocurre en otras latitudes se parece a lo suyo, cae en la cuenta de que la problemáticas es mucho más amplia y actúa en consecuencia.

Salazar Gil bien podría terminar diciendo lo mismo que el agricultor filipino que vio aparecer de la noche a la mañana una empresa minera en su pueblo, con consecuencias contaminantes y destructivas:

- ¿Por qué tenemos que dañar todo así? El oro no sirve para nada, ni siquiera se come.
-

* Escritor, ensayista, abogado y profesor universitario